



Una de las representaciones más curiosas de la devoción cristiana es una pequeña estatuilla de San José, durmiendo plácidamente sobre una almohada. Ese apacible dormilón, bajo el cual colocamos nuestras intenciones, siempre aparece durmiendo en los Evangelios. En sueños descubre los designios de Dios para él, para su esposa y su hijo (cfr. Mt 1, 20-25; 2, 13-15; 19-21).

Nos estremece de conmoción pensar que este hombre, que duerme apacible, es el padre putativo del Verbo Encarnado. Como nos recuerda San Juan Crisóstomo: *San José entró en el servicio de toda la economía de la salvación* (San Juan Crisóstomo, *In Matth. Hom V, 3*: PG 57,58). En sueños escucha la voz de Dios, delante de los problemas no se asusta, actúa siguiendo los designios divinos. Su silencio da espacio a las obras impregnadas de humildad. San José no hace ruido porque tiene una gran profundidad interior como *“los profundos ríos que fluyen en el mínimo ruido”* (Curcio, *Hist 7,4, 13*).

Por eso el Papa Francisco ha promulgado un año dedicado a San José en medio de esta emergencia sanitaria mundial que todavía perdura. Dentro de la lógica del que cree y actúa confiando en la providencia- como vivió San José- podemos decir que su figura entre sueños, sustos y silencios es modelo para nosotros hoy. *El sueño, el susto y el silencio*. Las tres “S” de San José puede ser también para nosotros una inspiración del Espíritu Santo.

*El sueño de San José produce una gran confianza*. Toma a María por esposa y va a Egipto huyendo de Herodes porque en sueños, escuchando en paz la voz de Dios, confía. Lleno de esperanza, capta el designio de Dios para su vida. No se opone a la razón de lo que implica la misión de ser padre putativo del Verbo, sino abraza con confianza una lógica que sobrepasa los criterios y los proyectos humanos. Reconoce que una vida que no se ancla en la profundidad de la voluntad de Dios es una vida repleta de confusión, de dudas, de complejos, de problemas, de auto-referencialidad destructiva.

En la historia del arte barroco español es muy conocida la expresión de Goya respaldada por su fantasmagoría y locura geniales como pintor, expresión un tanto como crítica al sistema político y social de la época: *el sueño de la razón produce*

*monstruos* (cfr. Gombrich, E.H., *La historia del arte*, PHAIDON, 1997, La ruptura de la tradición, pág. 488). En otras palabras, el hombre que vive sin la razón se depara con un sinsentido, casi como en un callejón sin salida. San José es la antítesis de una consideración humana del sueño de la razón.

El sueño de la razón en la figura de San José produce el abandono confiado en la gracia de Dios. San José cuando duerme y se abandona a la providencia divina no está eliminando su capacidad de pensar y de entender la voluntad de Dios, sino está elevando su inteligencia a la Inteligencia Infinita de Dios. Esto requiere mucha humildad y de San José podemos aprender siempre a pasar de nuestras razones a la única Razón que perdura siempre.

*El susto de San José centra su corazón en lo esencial.* Ciertamente el susto más grande fue perder a Jesús en el Templo. Aquel día la faena fue buscar por todas partes un crío de doce años con el corazón en un puño. Una vez más la humildad de San José se desvela ante la respuesta directa de un niño: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo estar en la casa de mi Padre?”. Los nervios y el cansancio de San José, aplicados a aquella búsqueda, se derritieron ante la respuesta de Cristo como la nieve se derrite a la salida del sol. La docilidad de San José delante del susto de perder a Cristo aprende a centrar su corazón en lo que es esencial en la vida.

Por ello, es saludable que en nuestra vida de vez en cuando surjan imprevistos, situaciones que nos asusten, nos espabilen y nos descentren. Es natural tener seguridades humanas en nuestra vida. Sin embargo, sucede que a veces la única seguridad que tenemos es la inseguridad. La pandemia que estamos atravesando nos está mostrando esto a bocajarro. Tantos desconciertos, problemas, enfermedades, carencias, crisis, sustos que suceden en la vida para que aprendamos a descubrir dónde está nuestro corazón, cuál es nuestro centro.

Los sustos y las dificultades son una escuela de humildad para centrar la vida en lo que es esencial. Quien vive una vida perfecta, geométrica, agendada, intacta, y nunca sabe adaptarse a los contratiempos, aún no sabe lo que es ser cristiano. La vida plasmada en tres figuras geométricas son nefastas: mentes cuadrículadas, círculos viciosos y triángulos amorosos. Personas que no someten su inteligencia a la novedad del Espíritu, giran su voluntad sólo en su propio ombligo y mendigan amores efímeros sin centrar su corazón en un Amor que sea Único y dure para siempre. San José encontró lo que es esencial porque asimiló los sustos, los contratiempos, las dificultades, lejos de moldes rígidos de una actitud geométrica cerrada a la acción de Dios.

*El silencio de San José robusteció su fe.* No dice palabra alguna en los Evangelios. Su silencio es evidente entre las páginas sagradas donde buscamos respuestas, luces, orientaciones espirituales. Si esperamos alguna palabra de San José allí, ya estamos defraudados completamente. Muchos libros se han escrito sobre el pobre carpintero y todos lamentan su silencio, aunque pocos alaban ese silencio como

escuela de fe.

El silencio de San José es un aprendizaje para nosotros que podemos pensar que la maduración en la fe se da sólo con conocimientos libresco de teología, de tratados de espiritualidad, de charlas y cursos sobre la fe católica, de retiros tras retiros plagados de palabras, de ideas, de propósitos, de ilusiones plasmadas en un diario espiritual empolvorado en algún cajón. No creo que San José escribiese un diario espiritual, pero sí creo que su silencio favoreció su atenta observación a cada palabra y gesto de Cristo. Su alma silenciosa registró la sabiduría y la fuerza de Dios en la normalidad de un niño que se llamaba Jesús y era el Verbo Eterno de Dios Padre.

Hace gracia escuchar a algunos que, ensalzando la tecnología y el avance plausible de la ciencia moderna, ignoran que algunas intuiciones del engranaje tecnológico ya existían en el pensamiento de sabios monjes. El primero en intuir el concepto de fotografía con la aplicación terminológica griega correcta fue Filoteo, el Sinaita, discípulo de San Juan Clímaco. Para él el silencio del alma como atención y custodia de la Palabra de Dios es el requisito para "imprimir y fotografiar Jesucristo en el espejo de nuestra alma". Dice: *"custodiamos con toda atención el espejo del alma en el que normalmente se imprime y se fotografía (φωτογραφειν: escribir o registrar algo con el efecto de la luz) Jesucristo, Sabiduría y Fuerza de Dios"* (Filoteo, el Sinaita, Cuarenta capítulos, 23).

Siendo así, el silencio de San José favoreció ese fotografiar en su alma la grandeza de Cristo. Aumentaron en él la fe y el amor para asumir grandes responsabilidades entre las cuales, no cabe duda, la de educar al Logos Eterno de Dios, enseñarle a trabajar, a estudiar, a rezar, a vivir entre los amigos, entre los vecinos, dentro de casa, etc. Ese silencio activo es más verdadero y eficaz que mil palabras lanzadas al aire.

Con San José aprendemos que el verdadero silencio sólo puede ser de mucho provecho espiritual si somos capaces de fotografiar con la atenta observación del alma la presencia de Cristo en nuestra vida diaria. Porque la fe implica atención, observación, escucha. Cuando San Benito empezó a escribir la Regla para sus monjes lo primero que les ordenaba ya en el prólogo era: *"Escucha, hijo mío, las enseñanzas del maestro..."* (San Benito de Nursia, Regla, Prólogo 1) y seguramente tenía muy presente el ejemplo de San José.

Recuerda así las tres "S" de San José: *sueño, susto y silencio*. Debajo de la estatuilla de San José durmiente podemos colocar ahora una intención muy concreta: *la gracia de soñar el designio de Dios, de descubrir el Dios de las sorpresas en medio de los sustos y contratiempos de la vida y de fotografiar en nuestra alma a Cristo en el silencio orante y atento del corazón*. Confía que San José con su intercesión está muy despierto, quizás somos nosotros los que estamos dormidos.